

atravesar el vallado, habia desgajado las copas de los árboles mas altos, quedando tumbados veinticinco ó treinta de estos en distintos sentidos, lo que prueba que la tromba recorría su camino girando sobre sí misma. Otros fueron arrebatados y enredados, lo mismo que muchas copas, en la cima de los árboles mas corpulentos (de 60 á 70 piés de altura).

Después de estos primeros efectos, la tromba recorrió una distancia de dos leguas sin tocar á tierra, llevándose gruesas ramas de árboles, que despedía á derecha é izquierda con estrépito; al llegar á la entrada de un bosque, arrancó de nuevo las copas de muchas encinas, que se vieron pasar con ella por encima del pueblo de Vendôme, situado al pié de la colina de la parte este de la selva.

De vez en cuando salían de su centro globos de vapores sulfurosos, que lanzaban en distintas direcciones las ramas que el meteoro se llevaba consigo desde muy léjos.

El ruido que producía en su rápida marcha era semejante al de un pesado carruaje que corriera rápidamente por un camino empedrado. Cada vez que salía un globo de fuego ó de vapor, oíase una explosión parecida á un tiro de fusil; y el viento, que era impetuoso, unía sus terribles silbidos á aquel atronador estruendo. Después de haber arrasado la tierra, y arrebatado todo cuanto se le oponía, elevóse la tromba para reproducir sus estragos á una ó dos leguas de distancia.

Desde allí penetró en el valle de Witernebre y Lambre. De las cuarenta casas de que constaba la primera aldea, solamente quedaron ocho intactas: las treinta y dos restantes, con sus graneros, cayeron á impulsos de la tromba, que derribó además un considerable número de árboles, llevándoselos á gran trecho. En Witernebre se observó que las fachadas y las paredes de las casas cayeron de un modo divergente, ó sea de dentro afuera.

El desastre no fué de menor consideración en Lambre. Muchas personas vieron perfectamente la marcha giratoria del meteoro, su color de un pardo azufrado y el centro del fuego ardiente de donde salían las llamaradas de vapores bituminosos. Los árboles que rodeaban la iglesia fueron hendididos y desarraigados completamente; derrumbados el techo y las paredes de la casa rectoral, y diez y ocho casas, construidas de ladrillos, arrancadas de sus cimientos, con el fenómeno extraordinario de la caída de las paredes hácia fuera.

Hé aquí ahora otra tromba no menos particular.

El 26 de agosto de 1823, á las tres de la tarde, y después de haber hecho un tiempo sereno y caluroso, presentóse una tromba cerca del partido de Rouvier (Eure y Loira). Iba precedida por una nube negra, procedente del SO., que fué seguida de otras muchas negras, amarillas, y de varios colores, en las que no cesaba de tronar y que despedían granizo. Pareciendo adherida por su parte superior á la primera nube y por su base á la tierra, derribó ó rompió todo cuanto halló á su paso, absorbiendo la tierra, piedras, árboles y otros cuerpos que arrojaba en torno suyo á grandes distancias. El torbellino era de un color amarillo negruzco, debido, sin duda alguna, al polvo y á los cuerpos que arrebataba. Las hojas de las hayas y de los árboles que el meteoro no derribó, y que se encontraron á su paso, se secaron como si las hubieran quemado.—En la aldea de Marchefroid, donde su efecto no llegó á durar un minuto, destruyó cincuenta y tres casas; sus habitantes apenas percibieron la tempestad, y allí cayó muy poco granizo. Mató instantáneamente un niño de tres años cerca de su madre, habiéndose observado que tenía en el cuello una herida en forma de agujero, sin saberse qué cuerpo la pudo haber hecho.—En el valle de Saint-Ouen, el meteoro arrancó ó rajó 800 piés de hermosos árboles, dirigiéndose luego hasta Ver, cerca

de Nantes, extendiéndose por un espacio de unas cinco leguas de largo y de 40 á 50 toesas de ancho: las casas quedaron arrasadas ó derrumbadas por completo, habiéndose llevado la tromba tejados enteros. En la misma y en la contraria dirección de la línea seguida por esta, desgajáronse las ramas de los árboles en sentidos opuestos. Hubo árboles arrancados, y trasportados con su copa, tronco y raíces á mas de 1,000 metros, donde quedaron detenidos por otros árboles que se mantuvieron en pié; mientras en el valle se rompieron otros á 4, 6, 10, 15 y 20 piés de altura, dando lugar á creer que la tromba no llegó á tocar allí la tierra.

Uno de estos estragos fué bastante singular. Las cuatro paredes de un jardín, sólidamente edificadas con piedra, fueron derribadas enteramente, cada una á la parte de fuera del jardín, y tan línea recta, como si se hubiesen colocado allí las piedras para la construcción de la cerca. Un carro tirado por tres caballos y cargado de granos fué arrancado de su eje y de sus ruedas, que quedaron en tierra, y pasó por encima de una casa, cuyo tejado deshizo. Al otro lado de esta casa se hallaron algunos restos de dicho carro; el grano desapareció, y en cuanto á los caballos, si bien no recibieron daño alguno, perdieron todos sus arreos.

El ejemplo siguiente no es menos curioso.

El 26 de agosto de 1826, atravesó el distrito de Carcasona una enorme columna de fuego, que rasando el campo, lo asoló todo á su paso. Un jóven de diez y nueve años, que se encontraba en la dirección de este meteoro, fué envuelto por el torbellino, arrebatado á los aires, y muerto á consecuencia de haberse estrellado contra una peña. Aquella columna arrebató tambien catorce carneros, que cayeron luego asfixiados. Dicha columna de aire y de fuego derribó paredes, derrumbó enormes rocas, desarraigó los árboles mas corpulentos, pen-

netró en un castillo por dos salidas, levantando y arrancando los sillares de la puerta cochera, rompió las hojas de esta, torció todos los goznes, hizo pedazos una ventana, penetró en un salón, perforó el techo, pasando al segundo piso, de este al tejado, y derrumbó tres habitaciones con descomunal estruendo. Varias damas que estaban en el salón, vieron cómo penetraba el globo de fuego, y solo debieron la vida á una enorme viga que se encorvó sosteniendo la armazón del techo. Una tromba de aire penetró por una vidriera de la cocina, derribó un tabique, levantó el pavimento, rompió los muebles, echó á rodar las camas, abrió los armarios sin revolver lo que habia en ellos, atravesó una pared maestra lanzando los escombros á larga distancia, hizo pedazos los tejados del castillo, desarraigó y se llevó una enorme encina verde de cinco piés de circunferencia, sepultó dos casas, arrebató varias carretas, se precipitó en un barranco donde arrancó de raíz muchos nogales enormes, y causó grandes destrozos en las viñas, revolviendo la tierra: el aire estaba impregnado de un penetrante olor de azufre.

Entre las trombas que han dejado mas dramáticos recuerdos, debemos citar la que se formó en Monville, el 19 de agosto de 1845. Todo el mundo conoce ese apacible valle del Maromme entre Malaunay y Cleres, que ameniza con sus pintorescas campiñas el camino de hierro de Rouen á Dieppe. En el día fatal que acabamos de indicar, con un tiempo caluroso y abrumador, cayó repentinamente sobre el valle, á la una de la tarde, un torbellino de rara naturaleza. Los grandes telares de seda de Monville fueron envueltos de pronto, sacudidos y derribados, en menos tiempo del que se necesita para contarlos; la fábrica en que trabajaban centenares de obreras se hundió en medio de una tempestad eléctrica repentina, y aquellas infelices quedaron sepultadas bajo los escombros, siquiera cierto número de ellas no murieran inmediatamente.

Protegidas por la casualidad, viéronse como emparedadas, y se comunicaban mutuamente sus impresiones sin verse ni conocer la clase de cataclismo á que debían aquel cambio de estado. La mayor parte de ellas estaban persuadidas de que había llegado el fin del mundo, y esperaban el juicio final.

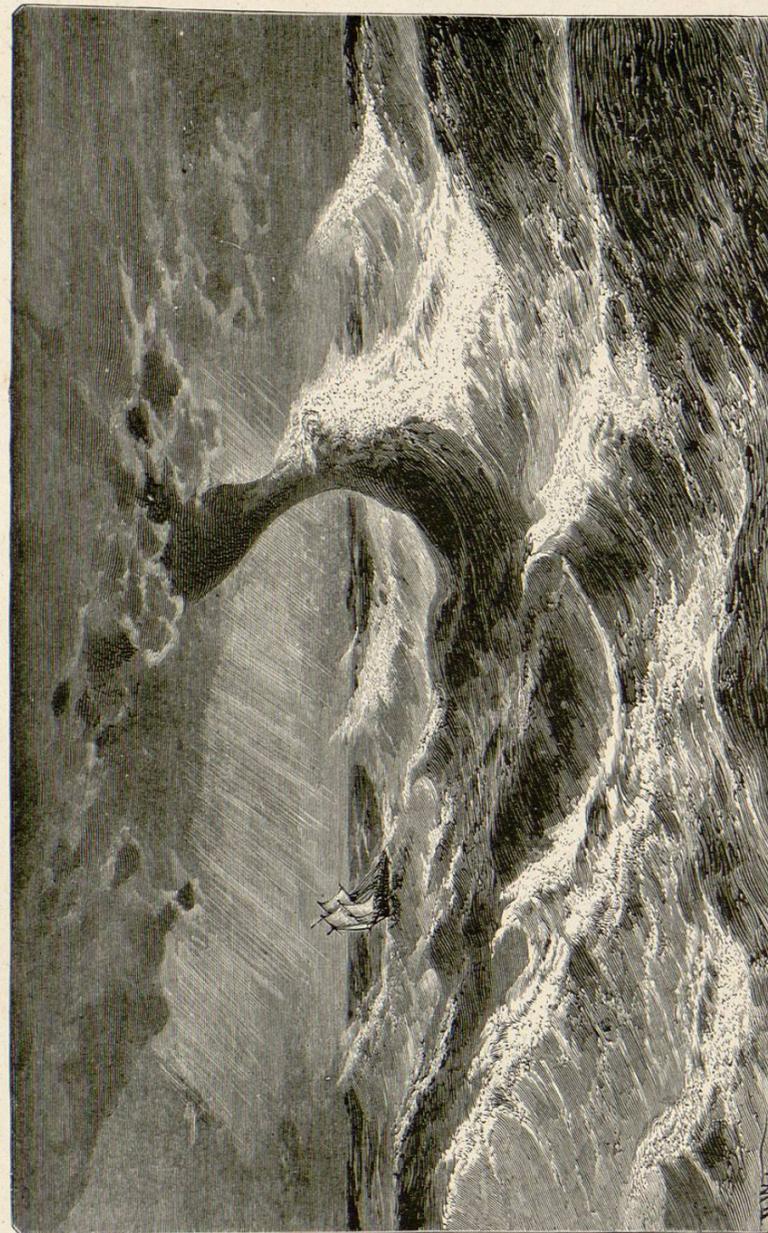
Algunos obreros fueron lanzados por encima de las empalizadas y de los cercados, y otros destrozados por las máquinas de vapor que continuaban funcionando en medio de la catástrofe. Varios de ellos, aunque salieron ilesos, se sintieron sobrecogidos de tal espanto, que murieron á los ocho días sin enfermedad visible. Las paredes, las habitaciones sufrieron tales cambios que no se sabía lo que eran. En otros puntos, hubo cuartos enteros que quedaron completamente pulverizados, sin dejar rastro alguno en el sitio que antes ocupaban. El meteoro arrancó además y lanzó á 25 y 38 kilómetros de distancia, hasta cerca de Dieppe, vigas, tablones que median 1 metro de largo, 12 centímetros de ancho, y mas de uno de espesor, archivos, papeles, etc. Tumbó tambien los árboles que encontró á su paso, cualquiera que fuese su grueso, dejándolos en casi todas partes reducidos á tablas y secos. La zona asolada tenía una extensión de 15 kilómetros; su anchura fué aumentando, desde 100 metros hácia el Sena cerca de Canteleu, hasta 300 hácia Menville, disminuyendo luego hasta 60 cerca de Cleres. El barómetro bajó de pronto de 760 á 705 milímetros.

En las regiones arenosas de los desiertos de Africa y de Asia, el viajero encuentra á

veces *trombas de arena* gigantescas que se elevan desde la tierra hasta las nubes, y se retuercen convulsivamente, lanzando penetrantes silbidos.

Las trombas que se forman en el mar, en los lagos, en los rios, y que se conocen con el nombre de *trombas de agua*, sólo difieren de las de aire por su situación. En lugar de polvo, de hojas, de objetos sólidos atraídos por la columna giratoria, es agua, por lo comun en estado de vapor muy condensado, y á veces tambien en estado líquido, lo que se mezcla con el aire de la tromba. Peltier cita un gran número de ejemplos observados en todas las latitudes, entre los cuales no veo ninguno que se haya tragado buques, ó á lo menos que lo haya hecho dejando un testigo. Generalmente se deshace á cañonazos la base de la columna amenazadora. Sin embargo, leo en dicho autor que cierto día, el 29 de octubre de 1839, una tromba sorprendió á un buque en el mar Jónico, dándole violentas sacudidas de popa á proa, á babor y estribor, haciéndole girar rápidamente é inundándole de agua, con gran espanto de los pasajeros que esperaban el resultado de aquel peligroso trance «como quien desde el fondo de un pozo mira hácia arriba.»

La nube atraída puede acercarse á la costa lo bastante para levantar masas de agua con los cuerpos que contienen; los mas grandes caerán aisladamente en razon de su peso; pero los mas pequeños serán transportados mas léjos y abandonados en masa. Esta y no otra es la causa de las lluvias de ranas y pececillos, de que nos ocuparemos en el capítulo VI del Libro siguiente.



TROMBA MARINA